

## Capítulo 5

### *El paso del tiempo*

Al despertar Sonia no sabía dónde estaba. Aún no había amanecido. Miró la lámpara, los muebles, la ropa de cama, la ventana. Nada le resultaba familiar. Su memoria fue tomada por imágenes de una carta, una foto y un viaje, y en un momento revivió los últimos cinco días. Se incorporó un poco y miró de nuevo alrededor; estaba en la habitación de su apartamento alquilado.

Había vuelto a Lucítera.

Se destapó y se sentó en la cama. Se frotó los ojos, todavía algo desorientada. Miró el reloj y se sorprendió al ver que apenas eran las cinco menos diez.

– Típico –dijo, dando voz a sus pensamientos–, justo los días que puedes dormir todo lo que te dé la gana vas y te despiertas de madrugada.

Sonrió recordando las veces que Baldo se había reído con esa costumbre de hablar con ella misma, como si fuera dos mujeres en una.

Se levantó y fue hasta la ventana, que daba a la terraza, y desde la que se veía el mar. La luna estaba en su cuarto menguante y apenas dejaba reflejos débiles sobre el agua y las paredes blancas. Miró de nuevo a la cama, pensando en intentar dormir otra vez, pero no tenía sueño y sabía que si volvía a meterse entre las sábanas no haría otra cosa que dar vueltas.

– Lo mejor será que te tomes un café con leche –le

dijo una de sus mujeres a la otra.

Se puso las zapatillas y fue en pijama hasta la cocina. Cerró la puerta antes de encender la luz, para que la claridad no despertara a Baldo –algo bastante improbable– o a Terri. Aún quedaba algo de la cafetera que había preparado la tarde anterior. Sacó una taza, sirvió el café y la completó con leche. Metió la taza en el microondas y esperó a que se calentara.

Le resultaba extraño no encontrarse más cansada. A pesar de que la carretera había mejorado, y que el coche era mucho más cómodo que el de la primera vez, había sido un viaje largo y fatigoso, con mucho calor. Sin embargo hacía tiempo que no se encontraba tan despejada. No era sólo la ausencia de sueño. Todo su cuerpo se encontraba relajado, sus músculos estaban descansados y su mente despabilada.

El microondas hizo sonar el timbre y se detuvo. Sacó el café con leche y le puso azúcar. Entró caliente y delicioso. Apagó la luz de la cocina y fue hasta el salón. Descorrió la cortina y se quedó de pie frente al gran ventanal, con la taza caliente entre las manos, contemplando el negro interminable del mar. Disfrutar de un café así era un placer sencillo y pleno, impensable en la ciudad.

Sonrió.

Había decidido volver a Lucítera por su hijo, pero empezaba a preguntarse si, en realidad, no era ella quien necesitaba retornar al pueblo donde la literatura se le había metido debajo de la piel. Treinta y tres años. A veces ese tiempo parecía tan corto como las últimas veinticuatro horas, y a veces, si se paraba a pensar en cada pequeño recuerdo, en cada viaje, cada persona conocida, parecía que alguien hubiese metido otros mil años dentro.

Escribir cuentos, inventar vidas y personas, hacía que su vida fueran muchas vidas, y que el tiempo de esos personajes fuera también su tiempo, estirándolo y encogiéndolo hasta no saber muy bien qué edad tenía,

quién era o dónde estaba. Pero este día incipiente sí sabía quién era. Se sentía tranquila y relajada, como cuando el tiempo todavía no era importante, sino algo por descubrir.

Se sentía como cuando tenía doce años.

– Ay, Sonia, Sonia, que te estás poniendo nostálgica –dijo en alto una de sus dos mujeres.

Pero no era nostalgia, porque no había pena ni añoranza del pasado. Sólo había un recuerdo emocionado del momento de su vida en que había empezado a descubrir la vida de las palabras.

Fue hasta una de las dos mesas de la sala. Sobre ella había dejado el ordenador portátil y la funda plástica con su diario de niña. Lo cogió y volvió hasta el sillón. Encendió la lámpara de lectura y dejó la taza sobre la mesita. Comenzó a leer.

#### DIARIO PERSONAL DE SONIA BARCELLI

Numca he escrito un diario, asi que no se como haxerlo. Supongo que vale con que vaya escriviendo todo lo que se me pase por la xabeza, bueno todo no porquw entonxes llenaria un monton de paginas. Solo las cosas importantes, y ademas deberia ecplciar las xosas que ha\_go cada dia, aunque tampoxo todo porque hay xosas que no se pueden contar y otras que son avburridas y no sirve para nada axcordarse de ellas. Solo esxcribire las cosas interesantes.

Sonia sonrió. Había olvidado el esfuerzo empleado en aquel párrafo. Recordó que le había parecido absurdo llevar un diario escrito a máquina visto lo mucho que se tardaba. Después había decidido ser más indulgente consigo misma, pensando que no tenía importancia si los primeros días el diario no era tan exhaustivo como ella quería. Volvió a su memoria la obstinada confusión entre la equis y la ce, y cómo se había forzado a escribir una cada vez que ponía la otra, y viceversa.

Continuó leyendo hasta que el día empezó a iluminar despacio la sala de estar. Casi ni se dio cuenta,

entretenida con sus recuerdos.

El café con leche y la lectura le vencieron, y de nuevo se quedó dormida. Al despertar se encontró tumbada en el sillón, con el sol dándole con fuerza en la cara, y a su hijo Baldo frente a ella sacudiéndola levemente por el hombro. Durante un segundo volvió a no saber dónde estaba. Miró a Baldo por la rendija de sus ojos.

– ¿Tan incómoda es la cama? –preguntó él, divertido.

Ella se sentó en el sillón y se estiró con ganas, los brazos en cruz y la espalda tensa. Luego se relajó y sonrió.

– Buenos días, hijo, ¿qué tal has dormido?

– Mejor que tú, por lo que veo ¿Qué haces aquí?

– Me desperté temprano, totalmente despejada. No tenía sueño, así que me levanté, me preparé un café con leche y me puse a releer mi viejo diario. Se ve que me entró de nuevo el sueño porque me he vuelto a quedar dormida ¿Qué hora es?

– Las once, casi.

– ¿En serio? Vaya, ni me he enterado.

– Yo tampoco, me acabo de levantar. El viaje en coche me dejó molido.

– Se ve que a mí también. Bueno, ¿desayunamos?

– Vale, pero sólo hay leche y galletas, no tenemos nada más.

– Pues entonces serán leche y galletas, y después iremos a hacer la compra.

Sonia y Baldo pasaron la siguiente hora y media aseándose, desayunando y terminando de colocar las cosas que no habían guardado la tarde anterior. Después salieron a la calle y preguntaron por el supermercado más cercano. Compraron para aproximadamente una semana, y un ayudante del establecimiento les ayudó a llevarlo todo a casa. A eso de las doce y media habían terminado.

– Bien –dijo Sonia–, hora de organizarse. Vamos a la plaza, tomaremos un aperitivo y hablaremos de tus

horas de estudio, ¿te parece?

– Vale, ¿pero luego me enseñarás la casa donde te quedaste con el abuelo?

– Sí, pero lo primero es lo primero. Coge los tres libros, una libreta y el boli. Tenemos que organizar todo día por día.

Fueron hasta la plaza, que estaba apenas a cien metros del apartamento, en línea recta por el paseo de la costa. Terri iba atendiendo a todos los que pasaban cerca de él, especialmente otros perros que también paseaban con sus dueños. Estaba extrañamente temeroso de todo, caminando junto a las piernas de Baldo.

Bebieron dos granizadas de limón mientras organizaban las lecciones que Baldo tenía que estudiar cada semana.

– La idea es sencilla –le explicó Sonia–. Hay que calcular el tiempo para que estudies todas las lecciones y además te dé tiempo a repasarlas. Dividiremos las lecciones entre los días que tenemos, y reservaremos los sábados por la mañana para repasar. Estudiarás por la mañana, hasta la hora de comer, y puedes tener las tardes libres, pero sólo si te has aprendido correctamente las cosas por la mañana. Cuanto antes termines cada día más tiempo libre tendrás, y si algún día te retrasas entonces no podrás salir, ¿comprendido?

– Sí, pero no sé si me dará tiempo.

– Dividiendo las lecciones entre los días no podemos equivocarnos. Lo importante es que cada día estudies lo que está programado, ni más ni tampoco menos. Es como un pequeño premio: cuando termines de estudiar lo que te toca podrás tener el resto del día para ti, pero no te voy a dejar salir a la calle hasta que no termines, eso tienes que saberlo. Los sábados por la mañana repasaremos, y el resto del fin de semana lo tendrás libre.

Baldo observó las lecciones que tenía que estudiar cada día. Visto de poco en poco asustaba menos. Pensar en todas las asignaturas de golpe daba un poco de miedo,

pero si lo miraba día por día se daba cuenta de que no era demasiado complicado cumplir con el programa que habían ideado, y que tendría, además, tiempo libre. Parecía una buena idea. Miró a su madre y sonrió.

– Suena bien –dijo.

– Estupendo, pero ya sabes que lo más importante es que te olvides del día siguiente y del día anterior. Sólo tienes que concentrarte en lo que está programado, y aprenderlo lo mejor que puedas. Si lo haces así, para finales de agosto ya te sabrás todo.

Repasaron el calendario una vez más, y comprobaron que no habían olvidado ninguna lección. Después siguieron hablando tranquilamente hasta terminar la granizada. Sonia le contó cómo había ido conociendo el pueblo poco a poco, con su padre. Le recomendó visitar el edificio impresionante de la biblioteca, la oscura mole de piedra que ocupaba la parte alta del pueblo, y rememoró la excursión a los prados en la que habían conocido a Rufo, el anciano que les había contado la historia de *Albequa*.

– ¿Nunca has vuelto a ver a ese hombre, mamá?

Sonia titubeó un momento.

– Pues... no, nunca –dijo, algo sombría–. Es una larga historia.

– ¿Y no vas a ir a visitarlo? –insistió Baldo–, me gustaría mucho subir a los prados, y hacer la misma excursión que hiciste con el abuelo.

Sonia miró a Baldo, pero no contestó. Desvió los ojos y miró por encima del mar, hacia el vacío del cielo. Su rostro se volvió pensativo.

– Ya veremos –dijo ella sin mirarle–, ahora mismo lo más importante es que estudies. Quizá algún domingo podamos hacer una excursión, pero no esperes encontrar a Rufo.

Baldo no respondió. Parecía claro que la vuelta al pueblo estaba removiendo los recuerdos de su madre. Supuso que era mejor no atosigarla con preguntas.

– De hecho –prosiguió ella–, han cambiado muchas

cosas. No veo caras conocidas, me siento casi tan forastera como la primera vez. Aunque a lo mejor...

Volvió a guardar silencio. Baldo sonrió, divertido. Lucítera le iba a ayudar a recuperar las asignaturas suspendidas, pero aparentemente también iba a servir para que su madre reencontrara parte de la memoria olvidada. Esperó unos segundos antes de sacarla de su ensimismamiento.

– A lo mejor... ¿qué? –preguntó, elevando un poco la voz.

Sonia se sobresaltó un segundo, arrugó la frente y volvió a mirar a su hijo.

– Perdona, se me ha ido la cabeza... A lo mejor hay alguien a quien todavía conozco. Vamos, haremos una visita, y luego iremos a ver la casa donde nos quedamos el abuelo y yo.

Se levantaron y salieron de la plaza por una calle lateral, paralela a la costa. Baldo comprobó enseguida que el pueblo era un laberinto. Unas cuantas esquinas bastaron para desorientarle. Todas las calles eran estrechas, y todas se parecían. La mayoría de las casas eran de piedra blanca, y el suelo conservaba un adoquinado irregular y antiguo, con brotes caprichosos de hierba. No era de extrañar que el ayuntamiento hubiese restringido el paso de vehículos, aunque había rincones donde la prohibición ni siquiera era necesaria: algunos callejones y pasadizos apenas ensanchaban lo justo para poder caminar junto a su madre.

Sonia, por su parte, se orientaba sin problemas.

Baldo estaba admirado. Conversaban mientras caminaban, sin que ella pareciera esforzarse en encontrar el camino. Simplemente dirigía sus pasos de forma mecánica. Sólo en un par de esquinas tuvo que detenerse para hacer memoria, decidiéndose enseguida por una de las direcciones.

Al poco estuvieron frente a un escaparate sobre el que un tablón de madera con letras blancas anunciaba una panadería.

– Dios mío, lo había olvidado –dijo ella.

Baldo esperó, sin entender del todo lo que ocurría. Su madre estaba plantada en mitad de la calle, con la vista clavada en el escaparate. Parecía no ver nada más.

– ¿Aquí venías con el abuelo? –preguntó Baldo, más por recordar a su madre que seguía allí que por verdadera curiosidad. Igual que había ocurrido en la plaza, Sonia giró bruscamente la cabeza, como si descubriera de repente que no estaba sola.

– ¿Cómo?

– Digo que si aquí venías con el abuelo... ¿Qué te pasa?, estás despistadísima.

– Es que... lo había olvidado, se me había borrado de la memoria por completo. Dios mío, ¿cómo he podido olvidarlo?, solía venir aquí todas las mañanas a comprar unos bollos buenísimos, y pan crujiente. Era delicioso. El abuelo y yo solíamos desayunar con mucha parsimonia, hablando y hablando. No comprendo cómo he podido olvidarlo.

– ¿Y por qué te has acordado ahora?

– Pues... no lo sé, ha sido un poco extraño. Me has preguntado por Rufo, me he puesto a pensar en él, en la excursión en que le conocimos, y en que antes y después de aquella excursión el abuelo y yo pasamos por aquí. Es increíble, todo eso pasó por mi cabeza en un segundo. Se ve que en algún rincón de mi memoria conservaba este lugar, pero no ha salido de su escondite hasta hablar contigo.

Baldo estudió el gesto de su madre. No solía comportarse de aquella manera.

– Bueno, me alegro de que te hayas acordado. ¿A quién querías ver aquí?

– A Tonno, el panadero. Era un hombretón enorme y colorado, siempre de buen humor.

Entraron. En la panadería sólo había una cliente, una señora más o menos de la misma edad que Sonia, con quien intercambió un saludo. Detrás del mostrador no había ningún hombre grande, sino uno joven, de unos

cuarenta años, delgado y moreno. Utilizaba unas gafas cuadradas de montura ligera. Hacía un poco de calor, probablemente proveniente del horno de la trastienda, y todo el local estaba inundado por un olor delicioso de azúcar tibio. El joven se despidió de la cliente y les saludó a ambos.

– Buenos días, ¿qué desean? –, preguntó con cierta extrañeza, al ver que Sonia no le miraba a él sino que ojeaba todos los objetos del local, como si buscara algo.

– Buenos días –dijo Baldo, viendo que ella no se decidía a hablar–, perdone a mi madre, es que está un poco distraída.

Sonia miró a Baldo y luego al joven.

– Disculpe, mi hijo tiene razón, estoy *muy* distraída. Verá, es que... bueno, hace muchos años pasé aquí un verano y esta panadería ya existía. He vuelto esperando encontrar a la misma persona que conocí entonces. Ha sido una tontería, claro, ha pasado tanto tiempo...

– ¿Se refiere al señor Pillardi? –preguntó el joven.

– No sé, yo era una niña por entonces. Recuerdo que lo llamaba Tonno.

– Por supuesto, Tonno Pillardi. Bueno, yo siempre le llamé señor Pillardi, claro, o don Antonio, pero todos le conocían por Tonno. Entonces, ¿usted le conoció?

– Sí, bueno, no, en fin... durante un mes estuve viniendo todas las mañanas a comprar aquí el pan, ya sabe...

– Vaya, pues bienvenida de nuevo. Espero que sea tan buena cliente mía como lo fue de don Antonio. Lamentablemente él... ya no está con nosotros. Me vendió la panadería hará unos quince años, y nos dejó hace poco. Era muy anciano, ¿sabe?, trabajó mucho toda su vida.

– Era una buena persona –aseguró ella–, siempre me sonreía y hacía bromas conmigo. A veces me regalaba bollos de azúcar.

– Lo sé, hacía lo mismo conmigo cuando yo era niño, y también con los demás chicos. Todas las madres

del pueblo andaban a la gresca con él a cuenta de los dientes y las caries, pero en realidad no había forma de enfadarse con él.

– En fin –dijo ella, suspirando–, supongo que he sido una tonta pensando que todavía estaría aquí, al fin y al cabo ha pasado un montón de tiempo. De todas formas, espero que los años no hayan estropeado el sabor fabuloso de los panes de leche, ¿todavía los hornean?

– Por supuesto, ¿quiere uno?

– Claro, tengo que enseñarle a mi hijo a qué sabe un pan de verdad.

– Eso está hecho.

Baldo cogió los dos panecillos de leche mientras Sonia abría el bolso y sacaba el monedero.

– No, no, estos son una invitación –aseguró el hombre–, como bienvenida. Disfrútenlo, y vuelvan mañana.

– Vaya, pues... gracias, muchas gracias. Volveremos, se lo prometo.

Baldo dio también las gracias y ambos se despidieron. Salieron a la calle y probaron los panecillos de leche, que estaban aún calientes. Sintieron la miga tibia y blanda, y la corteza levemente crujiente. Sonia no recordaba si los de su niñez sabían como aquél, pero aquél, sin duda, estaba delicioso.

– Ven –dijo Sonia–, la casa donde me alojé la otra vez no está lejos.

Baldo y su madre no tuvieron que caminar más de un minuto y se encontraron en una calle que no se diferenciaba del resto. Hacia la mitad, en el lado izquierdo, había una puerta de doble hoja, cuarteada y con la cerradura herrumbrienta. Se quedaron delante, observando las paredes, el borde de las tejas y los hilillos de hierba que crecían en las grietas.

– ¿No te gustaría entrar a verla? –le preguntó Baldo.

– No estoy segura, pero creo que no. Tengo muchos recuerdos ahí dentro. De todas formas, habría que

encontrar a Jonás, y después de enterarme de que el bueno de Tonno ya ha muerto me da un poco de miedo preguntar, la verdad.

Las palabras de Sonia resonaron unos momentos en el callejón desierto. Se quedaron observando las paredes de la casa, como esperando que ocurriese algo.

– Vamos –dijo Sonia–, te enseñaré la tienda donde el abuelo me compró la máquina de escribir.

De nuevo callejearon durante unos cinco minutos. Baldo tuvo la misma sensación de asombro al ver que su madre se orientaba como si hubiese nacido en el pueblo.

Desembocaron en un callejón con aceras en ambas márgenes. Hacia la izquierda se dirigía a la plaza, y desde donde estaban se podía ver parcialmente la barandilla del paseo marítimo y el arranque del espigón. Hacia la derecha, apenas a unos cinco metros, había dos escaparates, uno a cada lado de la calle. El de la izquierda era una dulcería, y el de la derecha pertenecía a una tienda difícil de describir, donde aparentemente se vendía de todo.

– ¿Ves?, fue aquí donde el abuelo me compró la máquina. Habíamos estado curioseando y encontramos esta dulcería. Mientras él compraba yo me puse a mirar el escaparate de la tienda y la vi. Fue como un flechazo, una especie de amor a primera vista.

Baldo, en silencio, miraba hacia el interior. No le interesaban ninguno de los objetos expuestos. Lo único que veía eran los ojos de una chica, serenos y profundos, unos ojos verdeagua que desde el interior de la tienda miraban directamente a los suyos.

Fue como un flechazo, una especie de amor a primera vista.